

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

ARZOBISPADO DE BURGOS.

Los tristes y deplorables acontecimientos que acaban de tener lugar en los Estados pontificios han llenado nuestro corazón de profunda pena, como no puede menos de experimentar todo el que de católico se precie, al considerar la situación angustiosa á que se ve reducido Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX.

El rey Víctor Manuel, conculcando el derecho de gentes, despreciando las censuras de la Iglesia y faltando á la palabra solemnemente empeñada, ha consumado la usurpación del resto del territorio que aun quedaba á la Santa Sede, y ocupado á Roma su capital, donde el Vicario de Jesucristo, desposeído de su dominio temporal se encuentra rodeado de mil peligros.

Por increíble que parezca, es un hecho que á la faz de Europa y en pleno siglo XIX se ha llevado á cabo una agresión la más violenta, inmovidada é injusta, que puede concebirse, contra los sagrados derechos del más venerando de los reyes, del jefe supremo de la Iglesia, del anciano inermes, á quien los católicos todos amamos, respetamos y acatamos como nuestro padre y pastor universal.

En tan críticas circunstancias los católicos y cuantos abriguen en su corazón el sentimiento de lo recto y de lo justo, tienen el deber de protestar contra el insoportable atentado de que es víctima el supremo gerarca de la Iglesia y le priva de la necesaria independencia y libertad para ejercer su altísimo ministerio en bien de los pueblos.

Nadie ignora que el poder temporal de los Papas se apoya en los títulos más antiguos y legítimos que se conocen, y que por espacio de doce siglos le han conservado providencialmente en medio de las vicisitudes porque ha atravesado Europa, reconocido y respetado por los pueblos y naciones como sagrado é inviolable patrimonio de los sucesores de San Pedro. Nadie ignora que el Episcopado católico ha proclamado unánimemente que el principado temporal ha sido dado al romano Pontífice por una singular disposición de la Divina Providencia para que pudiera ejercer con plena libertad y sin obstáculos las funciones del sublime ministerio apostólico, y como un medio necesario para que el supremo jefe de la Iglesia, superior por Su Altísima dignidad á todas las potestades de la tierra, no estuviera sujeto á ninguna de ellas ni aun en el orden civil. Solo así podía estar á cubierto de opresión y violencia: solo así podía gozar de la libertad política necesaria y conservar el prestigio y esplendor conveniente para velar por los derechos y libertad de las iglesias particulares é impedir cismas y disensiones entre los fieles del mundo católico, sujetos en lo temporal á diferentes Estados.

Por eso decia con justísima razón nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX en su alocución de 20 de Abril de 1849 á todos es bien notorio que el pueblo fiel, las gentes, los reinos, nunca habían de prestar plena fidelidad y obediencia al Romano Pontífice, si te viesen sujeto al dominio de algún Príncipe ó Gobierno; porque los pueblos fieles y los reinos nunca dejarían de sospechar y temer vehementemente que el mismo Pontífice conformaba sus actos á la voluntad de aquel Príncipe ó Gobierno bajo cuyo dominio reside. Y en verdad, ¿con qué confianza y veneración habrían de recibir los enemigos mismos del Principado civil de la Santa Sede las exhortaciones, los consejos, los mandatos, las constituciones del Sumo Pontífice cuando conociesen que estaba sujeto al imperio de cualquier príncipe ó Gobierno, y especialmente si pertenecían á una nación que estuviera en guerra con él?

El Romano Pontífice para gobernar como cabeza suprema la Iglesia universal y ser fiel custodio del dogma, de las costumbres y de la disciplina, necesita comunicarse libre y expeditamente con los demás miembros de la gerarquía eclesiástica y con los fieles todos del mundo católico, que no tendrían libre acceso á su padre común si este carecía del principado temporal independiente de cualquier otro estado ó nación.

La usurpación, pues, de los dominios de la Santa Sede y de Roma su capital envuelve la violación de los derechos de todos los católicos. Roma es la ciudad de los Papas, y en ella no caben dos soberanos independientes. El empeño de arrebatarse al Sumo Pontífice su poder temporal no conduce á otro resultado que al de poder espiritual. Por eso los enemigos de la Iglesia aplauden la inicua usurpación creyendo llegada la hora de su triunfo.

Sin embargo los católicos no debemos desfallecer á la vista de los peligros que rodean á nuestro padre común y amenazan á toda la Iglesia, sino adherirnos más y más á la cátedra indestructible de Pedro y avivar nuestra fe y confianza en las promesas de Jesucristo, que fundó su Iglesia sobre la roca imprecadera del Pontificado y predijo que, aunque combatida hasta la consumación de los siglos, jamás prevalecerían contra ella las potestades del infierno. Los cielos y la tierra pasarán, y á no la palabra de Jesucristo. El Señor salvará de nuevo á nuestro atribulado Pontífice de los peligros que le cercan y de las contradicciones que acaban su corazón; pero para obtener de la divina misericordia este consuelo, tenemos todos el deber de acudir al Señor por medio de la oración humilde, fervorosa y perseverante, que es el arma poderosa que el divino Salvador nos ha recomendado y de que la Iglesia ha usado siempre en los días de peligro y tribulación.

Cuando Herodes aprisionó á San Pedro queriendo con su muerte ahogar á la Iglesia en su cuna, los fieles recurrieron á la oración según nos enseñan los hechos apostólicos: «Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo» y movido el Señor por sus incesantes plegarias, le salvó de

peligro tan inminente enviando á un ángel que rompiendo sus cadenas, le abrió paso por entre los centinelas que le custodiaban, y le puso en completa libertad. Imitemos nosotros el ejemplo de los primeros cristianos; y así como su oración constante hizo ineficaz la persecución de Herodes contra el primero de los Pontífices, así también alcanzaremos la completa libertad é independencia del sucesor de San Pedro, el inmortal Pío IX, que también se encuentra encerrado y como encadenado en Roma por un abuso de fuerza material de otro príncipe temporal.

Oremos, pues, sin intermisión por el Soberano Pontífice: roguemos al Señor con todo el fervor de nuestra alma para que derrame abundantes consuelos sobre su corazón, y le infunda aquella fortaleza santa de que há menester para sostener sus derechos y los de la Iglesia contra las asechanzas y violencias de sus enemigos. Oremos todos sin excepción, para que el Señor abrevie estos días de tribulación, y disipe la tempestad que se cierne sobre el Vaticano amenazando á toda la Iglesia. Pidámosle, en fin, la paz para las naciones devastadas por el cruel azote de la guerra, y que cese la epidemia que alige á muchos de nuestros hermanos.

Y para que la oración pública se una á la privada, venimos en disponer que hasta nuevo aviso todos los Sacerdotes, después de la misa y arrodillados ante el altar, recen con el pueblo ó asistentes, tres Ave María, la Salve y la oración *concede nos famulos tuos*; que en nuestra santa Iglesia metropolitana se hagan por tres días rogativas, cantándose en procesión claustral la letanía de los Santos con las plegarias correspondientes; y que en todas las parroquias de la diócesis y conventos de religiosas se recen la misma letanía de los Santos después de la misa conventual del primer día festivo.

Los señores Parrocos y Eónomos exhortarán á sus respectivos feligreses á que asistan á estos piadosos actos y á que purifiquen sus conciencias por medio de la confesión y comunión, para que nuestros ruegos sean más aceptos á los ojos del Señor y alcancen de su divina misericordia el remedio de nuestros males.

Burgos, 18 de Octubre de 1870.—ANASTASIO, Arzobispo de Burgos.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(De la Gaceta.)

BRUSELAS, 24 de Octubre (á las siete y la tarde; Madrid, 25 ídem, á las seis y quince minutos de la tarde).—El ministro de España al Excmo. señor ministro de Estado.—Via Cabo:

«Comunican de Dresde que M. Friessen, ministro de Estado, sale para el cuartel general de Versalles, á donde ha sido invitado.»

BRUSELAS, 24 de Octubre (á las siete y quince minutos de la tarde, Madrid, 25 ídem, á las siete y treinta y cinco minutos de la noche).—Via Cabo.—El ministro de España al señor ministro de Estado:

«Acaba de recibirse el siguiente telegrama: «SAN PETERSBURGO, 24 de Octubre.—El general Weuder, agregado militar prusiano, ha salido hoy con una carta del emperador para el rey Guillermo.»

(De la Agencia Fabra.)

LONDRES, 25.—La plaza de Schlestadt (Bajo Rhin) ha capitulado ayer quedando en poder de los prusianos 2,400 hombres y 120 cañones.

El Sr. Thiers ha sido nombrado representante del Gobierno francés para negociar el armisticio con el conde de Bismarck.

NOTA. No se han recibido despachos de Tours.

Escriben de Berlín á un periódico con fecha 17 del corriente:

«Continúa el silencio en esta capital sobre los hechos de armas en el teatro de la guerra.

Hace ya algunos días que no se envían despachos telegráficos oficiales del gran cuartel general en Francia.

Del sitio de París tampoco se han recibido noticias importantes; parece, pues, que los sitiadores aún no han acabado todos sus preparativos para el bombardeo y el asalto de aquella infeliz capital. Como digo, son las noticias que se reciben del sitio de París sumamente escasas, y solo por cartas privadas se sabe algo de lo que sucede delante de aquella capital. Interesante, por ejemplo, es saber que los jefes alemanes han organizado alrededor de París una especie de caza regular, si se puede decir así, contra los correos de campaña, y sobre todo contra los globos con cartas, que se envían tres ó cuatro veces al día desde aquella capital.

Todo alrededor de París se han establecido en los diferentes pueblos observatorios, con el objeto de vigilar la salida de los globos. En cuanto uno se muestra en el aire y toma su camino por encima de los fuertes exteriores, se lanza un piquete de hulanos del punto de observación más cercano en la dirección que el globo ha tomado en su persecución, para prenderle si es posible. Algunas veces logran los hulanos su objeto. Pero como es natural, la mayor parte de los globos se escapan, sobre todo los pequeños, que suben hasta tal altura que solo se pueden ver ya con telescopios; si el viento viene del Norte al Sur tampoco es posible la caza, porque no pueden arriesgar unos pocos hulanos entrar demasiado en un territorio que todavía no está ocupado por las tropas alemanas.

En esos días de viento á propósito envían los sitiados en París hasta seis y ocho globos por día. Para el correo directo con el Norte de Francia, Bélgica ó Inglaterra tienen que esperar los pobres parisienses á que lleguen días ó vientos más favorables.

Que el cerco de París por los alemanes todavía de-
je mucho que desear hasta ser completo, se ve tam-
bien por la siguiente anécdota que se cuenta en esta capital del conde de Bismarck.

Habiendo convidado un día el canciller federal á su mesa á los principales generales del ejército sitiador alemán, les suplicó que tuviesen un cuidado extremado de que toda comunicación con la capital quedase perfectamente interceptada, y que no pasa-

se persona alguna sin ser vista y detenida. Los generales aseguraron sin vacilar que el cerco era perfecto, que ni un solo ratón podía pasar desapercibido la cadena de los centinelas alrededor de la ciudad, y que en los últimos ocho días no había entrado ni salido absolutamente nada.

El conde de Bismarck escuchó estas afirmaciones sonriendo irónicamente, y sacó del bolsillo tranquilamente dos diarios de París del día anterior, que enseñó á los señores generales, los cuales quedaron atónitos, y no podían comprender de qué manera se los había procurado el ministro prusiano.

Si le es posible al conde de Bismarck quedar en comunicación con París por vías indirectas, es claro que tampoco á los habitantes de las cercanías debe ser demasiado difícil el entrar y salir de la capital, á pesar de todas las medidas rigurosas que los alemanes han tomado para interceptar la comunicación.

Entre Creil y Senlis se ha formado una banda de franc-tiradores muy numerosa y muy bien organizada, que ataca con mucho valor y astucia las estafetas y los carros con provisiones prusianas, con poca escotía, los centinelas, las avanzadas, etc., en fin, que causa bastante daño á los sitiadores. En cuanto se les acercan las tropas alemanas en mayor número, desaparecen los franc-tiradores como por encanto.

De Versalles se escribe con fecha del 14 de Octubre, desde el gran cuartel del príncipe heredero de Prusia; en la mañana de ayer fué el cañonero más nutrido que nunca del fuerte Valerien, donde se ensayó por primera vez una batería nueva, que se había llamado hasta entonces. Los proyectiles fueron dirigidos contra las fortificaciones prusianas, causaron bastante daño al palacio. Una granada entró en el cuarto de dormir de Napoleón III, y estalló allí mismo. Los dos espejos que se encuentran en aquel aposento uno enfrente de otro, fueron hechos pedazos; asimismo todos los muebles y los cuadros en las paredes.

Para dar una idea de la lluvia de balas francesas de cañón dirigidas contra las posiciones alemanas, se puede citar que solo en Choisy-le-Roy se contaron en una hora 60 granadas, y por la tarde del mismo día hasta 80 en el mismo tiempo, todas lanzadas desde el fuerte Vitry y las fortificaciones de Villejuif. En el parque de Saint-Cloud hay días que se encuentran más de 100 granadas.

En vista de ese número tan crecido de proyectiles franceses, es una prueba de lo cautos que son los jefes alemanes, el que las pérdidas causadas por ellas en las filas de los sitiadores son muy insignificantes.

La ocupación del territorio del Loire, en la que también fue empleada una parte del ejército del príncipe de la corona de Prusia, ha podido efectuarse sin grandes dificultades. Después de la acción de Angerville (9 de Octubre), en la que algunos «parisianos» un nuevo partido de voluntarios en Francia, habían querido hacer resistencia en las casas del pueblo, aunque casi todos habían sido hechos prisioneros, pudo avanzar el general prusiano von der Tann hasta Tours. Allí recibió la noticia de que también Pithiviers, la principal ciudad en el camino de Fontainebleau á Orleans, y que dista unos 40 kilómetros de Tours, había sido abandonada por las tropas del ejército del Loire. El ejército von der Tann, el primer cuerpo de Baviera, la vigésima segunda división del undécimo cuerpo prusiano, y toda la caballería, se pusieron en marcha á perseguir al enemigo, que había vuelto á tomar posición en Arthenay á dos millas y media de Orleans, en el camino de hierro á París.

Dice El Eco del Norte que en estos momentos se fragua una conspiración en la isla de Jersey y en Londres, con objeto de llevar á cabo una restauración bonapartista, siendo proclamado el príncipe y regente la emperatriz.

El Monitor Prusiano ha publicado los siguientes datos referentes á la artillería que se ha empleado en el sitio de Strasburgo:

«Había colocados en batería 241 cañones, de los cuales 40 eran de veinticuatro, 64 de doce, 20 de seis, dos morteros rayados de 24 centímetros, y 69 morteros de alma lisa de diferentes calibres, á los cuales hay que añadir 44 piezas badenses de distintos tipos. Estos 241 cañones han lanzado 193,722 proyectiles.»

La France hace notar que de París sitiado ha salido la consigna de que á la defensa nacional tiene que ir unida la defensa social, y así, mientras en Lyon domina la bandera roja y en Marsella un comité de salud pública se sobrepone al poder regular y á la autoridad de las leyes, París sofoca todos los movimientos de los demagogos y se consagra á concentrar todos los esfuerzos patrióticos.

Esto consiste, según La France, en que en París la autoridad ha cumplido con su deber, y la Guardia nacional armada para rechazar la invasión, se ha manifestado decididamente adversa á la anarquía. Los hombres de bien deben aprender en esta conducta que su deber consiste en resistir á la demagogia para vencer la invasión.

Dicen de Berlín el 17:

«Delante de Metz no ha ocurrido nada de nuevo en los últimos siete días. El estado en que se encuentra ahora aquel sitio se puede llamar el de espera. Uno ó dos tiros de cañón, que se oyen cada diez minutos, tanto de día como de noche, son las únicas señales del estado de guerra. Por lo demás, siguen los prusianos preparando y resguardándose lo mejor que pueden contra el invierno, que se aproxima. Las noches son ya sumamente frías. La lluvia no cesa casi en la mayor parte de los días. Todo contribuye á que el tifus vaya haciendo cada vez más estragos en las filas de los sitiadores.

Se había esperado que la capitulación de Strasburgo influiría en las resoluciones del mariscal Bazaine y aceleraría la rendición de aquella fortaleza. Mas, según parece, han sido vanas las esperanzas de estos alemanes.»

La France y algunos otros periódicos franceses dan la noticia de la capitulación de Metz.

A pesar de la energía y de la actividad, con que el Sr. Gambetta procura organizar las fuerzas, no parece, según los inteligentes, dice el Telegrafo au-

toígrafo, que estas estén en disposición de acudir á París con la prontitud que sería de desear.

Con objeto de ayudar pronto á la capital, se asegura que van á ser inmediatamente dirigidas sobre ella todas las fuerzas útiles, tanto del ejército como de la Guardia móvil y de la Guardia movilizada que está en todo el Mediodía de Francia.

Podemos asegurar, dice el Telegrafo autógrafo de Tours, que es positivo el rumor que ha corrido respecto á haber obtenido los franceses una victoria importante en Thionville, donde algunos regimientos de línea y varios de la Guardia nacional han deshecho las fuerzas enemigas, compuestas en su mayor parte de la landwehr.

El diario oficial de Berlín hace resaltar en estos términos la importancia de la toma de Orleans:

«Orleans, por su posición sobre la orilla derecha del Loire, es un punto importante para el ejército que opera alrededor de París, porque protege sus espaldas por el Sud. La importancia estratégica de esta ciudad consiste especialmente en que las líneas férreas de Nantes, Burdeos, Tolosa y la línea central afluyen allí. La última una á París á Lyon por Bourges; además Orleans comunica indirectamente por Tours con Cherbourg y Brest, de modo que la ocupación de aquella plaza lleva como consecuencia la marcha del Gobierno provisional de Tours, y luego que Chartres caiga en poder de los alemanes, quedarán totalmente paralizados los trenes que conducen los soldados de marina de Brest y las tropas de Bretaña.

A estas consideraciones estratégicas hay que añadir que Orleans y las cercanías tienen gran importancia material. La ciudad cuenta con los arrabales cerca de 70,000 habitantes que viven muy desahogada. Ofrece, si la campaña se prolonga ó se hiciese un armisticio, grandes cuarteles y otras construcciones que darían abrigo á las tropas alemanas. La comarca al Norte de Orleans es el granero de París; la Beauce es uno de los países más fértiles de Francia que va á suministrar recursos considerables al ejército que cerca á París; trigo muelen porción de molinos, grandes provisiones de avena para la caballería, frutas y legumbres en tal cantidad, que no solo sirven habitualmente para el abastecimiento de París, sino que son un artículo de comercio exterior.»

Noticias tomadas de varios periódicos:

—Parece cierta la noticia de que en las bases para el armisticio se propone la neutralización por diez años de la Alsacia y la Lorena, pidiendo Prusia como indemnización de guerra 8,000,000,000 de reales, doble de lo que exigían en Thionville.

—Los alemanes hacen en Chartres fuertes requisas. Los 20,000 hombres que lo ocupan, sólo de labaco han pedido cien mil cigarrillos diarios.

El Monitor Prusiano publica los siguientes datos relativos á los prisioneros franceses:

«Los ejércitos alemanes han hecho prisioneros 4,000 franceses en Wissemburgo, 2,500 en Spickeren, 6,000 en Wartheim, 4,377 en los combates posteriores y en Sarreguemines, Haguenau y Lichtenberg, 2,000 en Vionville (Mars-la-Tour), 3,000 en Gravelotte, 850 en Vitry, 2,850 en Beaumont, 84,450 por la capitulación de Sedan, ó sea 104,433, á lo que se precisa añadir 2,080 prisioneros en Leun, 2,240 en Toul, y 45,347 en Strasburgo, lo cual hace un número total de prisioneros franceses ínteros (sin contar los que acaban de hacerse en los Vosges, en la batalla de Orleans y en Soissons) de 3,577 oficiales y 123,700 soldados.

La internación en Alemania de todos estos prisioneros se ha efectuado del modo siguiente:

A. 4,894 oficiales, 93,392 soldados, en las plazas fuertes de la Alemania del Norte.

B. 1,232 oficiales, 174 soldados, en ciudades abiertas.

C. 56 oficiales, 9,940 soldados, en otros Estados de la Confederación de la Alemania del Norte.

D. 395 oficiales, 20,194 soldados, en la Alemania del Sur.

De la cifra A, Magdeburgo, ha recibido 516 oficiales y 10,046 soldados, Coblenza 94 oficiales y 9,846 soldados, Colonia 279 oficiales y 9,590 soldados, Stettin 129 oficiales y 9,495 soldados. Estos son los puntos más recargados. Vienen luego Maguncia con 185 oficiales y 7,100 soldados, Glogau con cerca de 7,000 hombres, Erfurt y Minden más de 5,800 (en Erfurt, en un solo día, el 14 de Setiembre, fueron internados 334 oficiales). Posen más de 4,400, Wesel cerca de 4,200, Neisse, Lorgau, Spandau y Witemberg más de 3,000 cada una, Königsberg, Thorn, Danzig y Kasel más de 1,000, Custrin 900 y Grandenz 300.

La cifra B, es decir, la de los prisioneros internados en las villas abiertas prusianas, se compone casi de oficiales repartidos del modo siguiente: 365 en Breslau, 233 en Halberstadt, 459 en Wiesbaden, en menor número en Merseburg, Bonn, Düsseldorf, Arscherslehd, Stendal y Francfort-Sur l'Oder, y en fin, algunos en Landsberg, Brandeburgo, Dieth, Neuwied, y Aix la Chapelle.

Los demás Estados de la Confederación de la Alemania del Norte han recibido: Sajonia-Real, 5,000 prisioneros, entre ellos 38 oficiales, Mecklenburgo, 1,500; Brunswick, 600; 450 un principado de Reuss y 200 el otro.

En Alemania del Sur se encuentran 395 oficiales y 20,194 soldados franceses, á saber: en Baviera, 128 oficiales y 9,416 soldados; en Wurtemberg, 44 oficiales y 5,533 soldados; en el gran ducado de Baden, 75 oficiales y 4,034 soldados, y en la Hesse-Darmstadt, 148 oficiales y 1,511 soldados.»

El señor Favre, ministro de Negocios extranjeros del Gobierno de la defensa nacional de Francia, ha dirigido á los agentes diplomáticos de su nación la circular siguiente:

«Señor: No sé cuándo este despacho llegará á vuestro poder. Hace treinta días que París está sitiado, y su firme resolución de resistir hasta conseguir la victoria puede prolongar, algún tiempo aún la situación violenta que le separa del resto del mundo. No quiero, sin embargo, retardar un solo día la contestación que merece la reseña del conde de Bismarck acerca de la entrevista de Ferrières, que confirma, por de pronto, mi relato en todo aquello que no concierne á las ideas expresadas sobre las condiciones de la paz, las cuales, según M. Bismarck, no fueron debatidas por nosotros.

«He reconocido que respecto de este punto el can-

ciller de la Confederación del Norte me había opuesto desde las primeras palabras una especie de resolución de no aceptar esta mi declaración absoluta: «que yo no consentiría ninguna cesión de territorio» pero mi interlocutor no puede haber olvidado lo demás que expuse y se mencionó, para el caso en que el principio de la cesión territorial fuese admitido en las condiciones enumeradas en mi despacho: abandono por parte de Francia de Strasburgo con la Alsacia entera, de Metz y de una parte de la Lorena.

«El canciller observa que estas condiciones pueden agravarse si continúa la guerra. Así me lo dijo á mí, en efecto, y yo le agradezco una especie de resolución en tales términos se exprese. Es bueno saber hasta dónde llega la ambición de Prusia; no piensa más que en la conquista de dos provincias, y continúa friamente la obra sistemática de nuestro aniquilamiento. Después de haber anunciado solemnemente al mundo, por boca de su rey, que solo combatía contra Napoleón y sus soldados, se encarniza y se ceba en la destrucción del pueblo francés; tal su suelo, incendia sus poblaciones, agobia con tributos á sus habitantes, les fusila cuando no pueden satisfacer todas las exigencias, y pone al servicio de una guerra de exterminio cuantos recursos halla en la ciencia.

«Francia no desea que continúe. Se trata para ella de ser ó no ser. Proponiéndole la paz al precio de tres departamentos, que le están unidos por un afecto íntimo, solo se le ofrece la deshonra. Francia la ha rechazado. Se pretende castigarla por medio del aniquilamiento, de la muerte.... He aquí la situación, expuesta con claridad. En vano se le dice: no hay vergüenza en ser vencido, y menos aún en afrontar los sacrificios que esto impone. En vano se añade que Prusia puede hacer suyas las conquistas violentas é injustas de Luis XIV. Tales objeciones no tienen razón de ser y no puede responderse á ellas.

«Francia no busca un consuelo estéril en la explicación fáctica de las causas que la han arrastrado á su ruina. Acepta sus desgracias y no las discute con su enemigo. El día en que le ha sido posible volver á tomar la dirección de sus destinos, ha ofrecido lealmente una reparación. Pero esta reparación no debía ser una cesión de territorio. ¿Por qué? Porque suponía un empujamiento? No; sino porque constituía una violación de la justicia y del derecho, que el canciller de la Alemania del Norte no parece tener en cuenta.

«Nos recuerda las conquistas de Luis XIV. ¿Quiere volver al statu quo que las había precedido? ¿Quiere reducir á su dueño á la corona ducal, colocada bajo el dominio feudal de los reyes de Polonia? Si en la transformación que ha sufrido Europa, Prusia se ha convertido de un Estado insignificante en una poderosa monarquía, ¿no es al derecho de conquista á quien se lo debe? Pero en los dos siglos que han favorecido esta vasta agrupación se ha declarado un cambio más profundo y de un orden más elevado que el que determinaba hasta aquí las divisiones de territorio. El derecho del hombre ha salido de las regiones abstractas de la filosofía. Tiende día en día á tomar posesión del mundo, y á él, si embargo, es al que Prusia pisotea, pretendiendo arrancarnos dos provincias, reconociendo, no obstante, que los habitantes rechazan enérgicamente su dominación en ellas.

«Respecto de este particular, nada precisa mejor su doctrina que esta fuese recordada al canciller de la Confederación del Norte: «Strasburgo es la llave de nuestra casa.» Prusia estipula, pues, como si fuera propietaria, y esta propiedad la aplica á criaturas humanas, á las cuales quita con este acto la libertad moral y la libertad individual. Pero precisamente el respeto de esa libertad y de esa dignidad es lo que impide á Francia consentir en el abandono que se le pide: Francia puede experimentar el abuso de la fuerza; pero no consentirá nunca la baja.

«Siento no haberme expresado lo bastante respecto á este punto cuando dije lo que aún sostengo: que no podemos, sin deshonrarnos, ceder la Alsacia y la Lorena. De este modo he caracterizado, no la condición impuesta al vencido, sino la delicadeza de una cómplice para rescatarse á sí mismo. M. de Bismarck no hallará un solo francés digno de este nombre que piense y obre de distinta manera.

«Por esta razón no puedo reconocer que se nos haya hecho una proposición aceptable de armisticio. Desearía vivamente que se nos presentaran proposiciones honrosas, para suspender las hostilidades y para convocar una Asamblea. Pero pregunto á los hombres imparciales: ¿El Gobierno podía acceder al compromiso que se le proponía? El armisticio hubiera sido una irrisión, si con él no hubiesen podido verificarse libremente las elecciones, y para esto sólo se daba un espacio efectivo de veinticuatro horas. Durante un período de quince días ó tres semanas, Prusia se reservaba la continuación de las hostilidades, para que mientras la Asamblea deliberaba sobre la paz ó la guerra, el choque de las armas decidiese de la suerte de París.

«Además del armisticio no comprendía á Metz. Nos priva de la facultad de aprovisionarnos, condenándonos á consumir nuestros víveres, mientras que el ejército sitiador habría holgadoamente vivido saqueando nuestras provincias. Por último, la Alsacia y la Lorena no hubieran tenido representantes en la Asamblea, por la inaudita razón de que iba á tratarse de su suerte futura; no reconociendo derechos á la Alsacia y la Lorena para estar representadas, nos pedía que blandiésemos el arma que debía herirlas.

«He ahí las condiciones que el canciller de la Confederación del Norte no vacila en llamar muy conculcadoras, acusándonos de no aprovechar la ocasión para convocar una Asamblea nacional, atestiguando de este modo nuestra resolución de no desarmararnos de las dificultades que impiden la conclusión de una paz conforme con el derecho nacional y de no escuchar la opinión pública del país.

«Pues bien: nosotros aceptamos ante el país y ante la historia la responsabilidad de nuestra conducta. No oponemos á las exigencias de Prusia hubiera sido, en nuestro concepto, una traición. Ignoro el destino que la fortuna nos reserva; pero la voz de mi conciencia me aconseja que, teniendo que elegir entre la actual situación de Francia y la de Prusia, opte por la primera. Prefiero nuestros sufrimientos, nuestros peligros, nuestros sacrificios, á someterme á la inflexible y cruel ambición de nuestro enemigo. Tengo el firme convencimiento de que Francia saldrá victoriosa; pero aunque llegara á ser vencida, no por eso dejaría de conservar su grandeza, de ser objeto de admiración y de simpatía al mundo entero. En esto consiste su verdadera fuerza, y en esto se fundará su venganza.

«Los Gabinetes europeos, que se han limitado á esteriles protestas de cordialidad hacia nosotros, lo reconocerán un día, pero ya será tarde. En vez de inaugurar la doctrina de alta mediación, aconsejada por la justicia y el interés, con su inercia autorizan

la continuación de una lucha bárbara, que dé un desastre universal y un ultraje á la civilización.

«Esta lección sangrienta no quedará perdida para los pueblos. Y ¿quién sabe? La historia nos enseña que las regeneraciones humanas están estrechamente ligadas, por una ley misteriosa, á inefables desgracias. Quizás tuviera Francia necesidad de una prueba suprema; de ella saldrá trasfigurada, y su genio brillará con un destello tanto más vivo, cuanto se halla sostenido y preservado del desfallecimiento frente á un poderoso é implacable enemigo.

«Cuando inspirado en estas reflexiones podáis, señor, conferenciar con el Gobierno cerca del cual estáis acreditado, la suerte habrá quizás pronunciado su fallo. Pero al ver esta gran ciudad de París sitiada hace un mes, tan resuelta, tan reflexiva y tan unida, yo espero confiadamente la hora de su triunfo.— Recibid, etc.—Julio Favre.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 26 DE OCTUBRE DE 1870.

LETRAS APOSTÓLICAS

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA PIO IX SUSPENDIENDO LAS CONGREGACIONES DEL CONCILIO.

PIO IX, PAPA.

Ad futuram rei memoriam.

Después que, por el favor de Dios, nos fué dado empezar en el año próximo pasado la celebración del Concilio Eucuménico Vaticano, hemos visto que por el esfuerzo de la ciencia, la virtud y la solicitud de los Padres que acudieron en grandísimo número de todas las partes del mundo, han sucedido de tal manera las cosas de esta santísima y gravísima obra, que nos daban esperanza cierta de recoger felizmente los frutos que de todo corazón deseábamos para bien de la Religión y utilidad de la Iglesia y de la sociedad humana. Y ya, en verdad, en cuatro sesiones públicas y solemnes, Nos, con la aprobación del Santo Concilio, hemos establecido y promulgado cuatro Constituciones saludables y oportunas en materia de fe; y otras cosas de Fé y de Disciplina Eclesiástica, estaban examinadas por los Padres y podían en breve ser sancionadas y promulgadas por la suprema autoridad de la Iglesia docente.

Confábamos en que estos trabajos serían proseguídos por el común estudio y celo del Concilio, y llegarían con próspero y fácil curso al fin deseado. Pero la sacrilega invasión de esta alma ciudad de Nuestra Sede, y del resto de Nuestro dominio temporal, por la que, contra toda ley y con increíble perfidia y audacia, han sido violados los derechos inconcusos de Nuestro principado civil y de la Sede Apostólica, Nos ha puesto en tales condiciones, que por permisión de los inexcusables juicios de Dios, estamos absolutamente constituidos bajo el dominio y potestad del enemigo.

En tan triste estado de cosas, hallándonos impedidos por muchos modos del libre y espedito uso de Nuestra suprema autoridad, que se Nos ha conserido divinamente, y conociendo muy bien que los mismos Padres del Concilio Vaticano no podrían tener, continuando las cosas así, la libertad, tranquilidad y seguridad necesarias, en esta Nuestra alma ciudad, para poder tratar con Nos regularmente de los asuntos de la Iglesia; y no consintiendo tampoco las necesidades de los fieles que tantos Pastores se alejen de sus Iglesias en las grandes calamidades de Europa; Nos, viendo con gran dolor de nuestro corazón que las circunstancias hacen que no se pueda absolutamente proseguir en este tiempo el Concilio Vaticano, después de haberlo deliberado maduramente, por voluntad propia y con apostólica autoridad, al tenor de las presentes, le suspendemos y le declaramos suspendido hasta otro tiempo más oportuno y cómodo, que señalará esta Sede Apostólica, rogando á Dios, autor y vengador de su Iglesia, que aparte al fin todos los obstáculos y vuelva á su fidelísima esposa lo más pronto que sea posible, la libertad y la paz.

Puesto que cuanto mayores y más graves peligros y males afligen á la Iglesia, tanto más se debe instar día y noche con oraciones y súplicas á Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo, queremos y mandamos que aquellas cosas que establecimos y dispusimos en nuestras Letras Apostólicas del 11 de Abril del año próximo pasado, en las cuales concedimos á todos los fieles indulgencia plenaria en forma de jubileo, con ocasión del Concilio eucuménico, permanezcan en su vigor y firmeza según el modo y rito prescriptos en las mismas Letras, como si continuara la celebración del Concilio.

Estas cosas establecimos, anunciamos, queremos y mandamos, no obstante cualquiera otra en contrario, declarando vano é irritó todo lo que se intente en contra, á sabiendas ó por ignorancia, por cualquier autoridad que fuese. A ningún hombre, pues, sea lícito infringir estas páginas que contienen nuestra suspensión, anuncio, voluntad, mandato y decreto, ó contradecirlas temerariamente. Y si alguno fuere osado á atentar contra ellas, sepa que incurre en la indignación de Dios Omnipotente y de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo.

Para que las presentes Letras sean conocidas de todos aquellos á quienes interesa, queremos que ellas, ó copia suya, sean fijadas y publicadas en las puertas de la Iglesia Lateranense, de la Basílica del Príncipe de los Apóstoles y de Santa María la Mayor, de Roma, y así fijas y publicadas, obliguen á todos y cada uno de aquellos á quienes concierne, como si personal y nominalmente hubieran sido intimadas á cada uno.

Dado en Roma, junto á San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 20 de Octubre del año 1870. De Nuestro Pontificado año vigésimo quinto.

N. CARD. PARACCIANI CLARELLI.

SIN PLAN NI CONCIERTO.

Ménos de una semana falta para que se rean las Cortes, y ni el Gobierno, ni los ministeriales,

ni las oposiciones, tienen plan alguno concertado para remover los obstáculos que se oponen á la majestuosa marcha del carro de la revolución. Solo hay un pensamiento fijo por parte del general Prim y sus paniaguados, y otro por parte de las oposiciones liberales. El de Prim consiste en mantenerse en el poder á todo trance y á toda costa, propósito muy natural en quien está convencido, como debe estarlo el actual presidente del Consejo de ministros, de que él es el más apto para hacer la felicidad de los españoles. El pensamiento de las oposiciones, correlativo al del presidente del Gabinete, consiste en echar á este de su puesto para recoger su herencia y disfrutar de ella mientras se pueda. Esta es, aunque cause vergüenza decirlo, toda la política de los regeneradores de España, en lo cual no hacen más que copiar las situaciones anteriores á la gloriosa.

Fuera de esos dos pensamientos contradictorios, no hay que preguntar ni al Gobierno ni á las oposiciones cuál es su plan para la próxima campaña parlamentaria. Ni el Gobierno sabe aun lo que ha de proponer, ni las oposiciones lo que han de combatir; aunque estas, en honor de la verdad, tienen una regla de conducta segura á que atenerse, á saber: combatir á todo trance, sea la que fuere, toda solución que proponga el Gobierno, porque proponiéndola este no cabe duda de que ha de ser detestable. La razón es obvia: el Gobierno no ha de proponer sino lo que le convenga para mantenerse más tiempo en el poder: luego las oposiciones están en el caso de negarse á todo. Esta regla general tiene, como todas, alguna excepción, y no rige, por ejemplo, en el caso de que el ministerio por considerarse perdido proponga una transacción, que equivalga á la abdicación de una parte importante de su poder.

Pero el general Prim no se considera todavía en ese caso; así es que si ha buscado, y quizá busca aun, una conciliación entre los partidos monárquicos liberales, la quiere con tales condiciones, que para todo evento quede asegurada su supremacía. Quiere una conciliación como la de hace dos años, que le permita conservar entre sus manos y las de sus paniaguados las carteras más importantes y que cuando se rompa le deje á él en posesión absoluta del poder.

Hé aquí por qué la conciliación de que tanto se habla hace quince ó veinte días es pura y simplemente una quimera. Toda conciliación política en la que entran los conciliados movidos por su particular ambición da por resultado necesario el enaltecimiento de un partido á espensas del que es más débil ó por errados cálculos se deja debilitar. La unión liberal conciliándose hace dos años con los progresistas y dejando á cargo de estos la parte más importante del Gobierno, enalteció á D. Juan Prim y le dió fuerza suficiente para sobrevivir al rompimiento de la conciliación. Una nueva conciliación traería necesariamente un nuevo rompimiento y la unión liberal no quiere ser por segunda vez la víctima.

No siendo, pues, probable una segunda conciliación porque no la quieren los unionistas ni tampoco los demócratas más influyentes, es muy probable también que sea irrealizable el proyecto de ampliar las facultades del regente. Sin la unión liberal es muy difícil que D. Juan Prim tenga fuerza suficiente para sacar adelante aquel proyecto. Pero este tiene además en contra de sí un obstáculo de difícil vencimiento, sobre todo, en unas Cortes Constituyentes. ¿Qué se propone el general Prim al pedir que se concedan al regente todas las facultades que para su cargo designa la Constitución? Que las Cortes se declaren al mismo tiempo ordinarias y por consiguiente disolubles por el jefe del Estado, ó lo que es lo mismo, á voluntad del presidente del Consejo de ministros. ¿Y se avendrán fácilmente los diputados, aun los de la mayoría, á firmar la sentencia de muerte de las Cortes Constituyentes, cuando con ella faltarían muchos de ellos la muerte de su influencia política?

Tal vez por haber meditado el general Prim en esta gran dificultad, ha pensado á última hora en una nueva candidatura, que si prosperase podría resolver definitivamente su posición, y no prosperando le proporcionaría la ventaja de distraer los ánimos é introducir cierta confusión que impide que las oposiciones se organicen y se preparen á dar una batalla decisiva partiendo de una base fija. Echando á volar simultáneamente los proyectos de atribuciones y de una nueva candidatura, por de pronto ha conseguido el general Prim desorientar á sus adversarios y aun á sus parciales, y producirles cierta especie de mareo que no les permita ver claramente ni en dónde están ni á dónde se dirigen. Verdad es que este resultado no lo ha obtenido el presidente del Consejo sin marearse él mismo en términos que tampoco sabe á punto fijo por dónde se anda.

Y hé aquí por qué declaramos al principio que en vísperas de la apertura de las Cortes, ni el ministerio ni las oposiciones saben lo que van á hacer en ellas.

Pero ya que hemos hablado de una nueva candidatura, nos viene aquí como de molde hacernos cargo de los rumores que á propósito se exparieron ayer por la tarde, y que de tener algún fundamento, son una prueba más de lo que nos proponemos demostrar: la falta de asidero de esta situación.

Nuestros lectores tienen ya noticia de que el general Prim ha logrado que el duque de Aosta, cediendo á sus instancias y á los manejos de ciertos diplomáticos, aceptase la corona de España pero á condición de que habrá de obtenerse antes el beneplácito de las potencias de Europa. Prescindiendo del interés que debían ofrecer las contestaciones de Inglaterra, Rusia y Austria y aun pasando sin discusión por las noticias que han dado algunos diarios italianos acerca de la benévola ac-

titud de aquellas naciones, la atención pública se ha fijado en el cuartel general del rey de Prusia como si presintiese que allí había de tropezar don Juan Prim con alguno nudo. Y en efecto, ayer por la tarde empezó á hablarse en el salón de Conferencias del Congreso, del fracaso de la candidatura de Aosta, precisamente por haber interpuesto su veto más ó menos explícitamente el Gobierno del rey Guillermo.

Ciertamente que este resultado no debe sorprender á nadie; porque en resumidas cuentas, ¿qué es lo que quiere la familia de Saboya al pretender que las potencias de Europa aprueben la aceptación de la corona de España por el duque de Aosta? Lo que quiere es que Europa entera sirva de garantía al presunto rey contra ciertos peligros de que precisamente ha de estar rodeado el trono revolucionario de España. Quiere además que Europa toda contribuya á dar consistencia al actual orden de cosas en Italia y España.

Ahora bien, ¿le conviene á Prusia dar vida á la revolución en el Occidente de Europa? Cuando el Gobierno de Prusia antes de mucho tiempo va á encontrarse en lucha con los republicanos dentro de su misma casa, ¿ciego ha de estar quien no vea que por su propio interés y el de su dinastía no puede en manera alguna contribuir á que triunfe la demagogia ni en Francia, ni en Italia, ni en la península ibérica. Se comprende hasta cierto punto que el rey Guillermo y su Gobierno accediese al entronizamiento de un príncipe alemán en España, con la esperanza de que el tal príncipe se sobrepondría á las parcialidades turbulentas de esta nación, y daría en tierra con la influencia de los mismos que le habían dado la corona; pero consentir que venga á España un príncipe de la desprestigiada familia de Víctor Manuel, un príncipe acostumbrado á ver pisoteada la dignidad real y que vendría á ser juguete de las sectas y de la ambición de nuestros revolucionarios, nos parecería por parte de Prusia un desatino indisculpable, cuyas consecuencias habrían de ser fatales para ella misma. El entronizamiento del duque de Aosta en España sería dar cohesión á la revolución de la Europa Occidental y crear un grandísimo peligro al principio autoritario sobre que descansa el régimen político de Prusia.

Por eso nos parece muy probable la noticia nacida ayer como simple rumor del salón de conferencias del Congreso, y por eso creemos en el fracaso de la candidatura del duque de Aosta.

Y si el hecho es cierto, sus consecuencias no pueden ménos de ser funestas para la posición política del general Prim en estos momentos. Por de pronto quedará demostrado que la alitiva revolución española se supedita unas veces al capricho de Francia y otras al de Prusia, creará, como es consiguiente, las dificultades para poner término á la interinidad, y de todas estas cosas sacarán partido las oposiciones para demostrar que el general Prim camina al acaso, sin rumbo fijo y que no tiene medios de resolver ni bien ni mal las cuestiones que la misma revolución ha planteado.

HASTA OTRA.

Y van cinco.

Por vergüenza que nos dé confesarlo, cinco en efecto son las veces que la España con honra ha llamado inútilmente á las puertas de los palacios más ó ménos soberanos de Europa pidiendo por amor del diablo un príncipe ó principillo, especie de polichinela dispuesto á danzar al son que le toque D. Juan Prim y Prats.

¡Trabajo inútil! La cuadratura del círculo, la dirección de los globos, la literatura de La Iberia y la moralidad de España nos han de admirar antes que la entrada en Madrid de un rey demócrata. Porque si hasta los niños prefieren sus juguetes y los colegiales sus libros al trono de Carlos V, Felipe II y Fernando VII, ¿quién que tenga dos dedos de frente puede esperar que haya en Europa ni en China un hombre bastante desesperado para entregar el alma á la revolución española?

Aosta, por de contado, se mostró prudente y al decir de las personas bien enteradas tales fueron las condiciones impuestas para la aceptación del trono, que no se necesitaba ser profeta para adivinar el descalabro de esta candidatura. «La aquiescencia de los principales Gobiernos europeos y la votación en nuestra Asamblea por la mayoría de todas las fracciones monárquico-revolucionarias», condiciones impuestas por el hijo de Víctor Manuel para venir á España, eran absolutamente imposibles atendido el estado de Europa y de las fracciones y fraccioncillas en que se ha dividido y subdividido la mayoría revolucionaria del actual Congreso.

Así, lejos de extrañar á nadie la noticia que corrió ayer en los círculos políticos de que Prusia se oponía á la candidatura Aosta, todo el mundo hallaba esa oposición natural y fundada. Porque se necesitaba ser diplomático á estilo progresista para suponer que Prusia pudiese dar su asentimiento á una candidatura que después de los sucesos de Italia, hoy todavía *sub judice*, colocaba en manos de la familia real de Saboya casi todo el Mediodía de Europa.

A juzgar por lo que dice La Correspondencia, no se esperaba tan pronto en Madrid la respuesta de Berlín. Del 26 al 28 era la fecha señalada por el diario noticiero, según el cual tampoco Francia había contestado. Pero estas noticias eran de primera hora, pues más adelante decía el mismo periódico:

«En el salón de conferencias de las Cortes ha circulado esta tarde la noticia de que había fracasado la candidatura del duque de Aosta. No sabemos si es verdad; lo que parece cierto es que algunos ministros saben muy poco de la altura á que se hallan estas gestiones que dirige por sí solo el conde de Reus.»

Intencionada está La Correspondencia en las precedentes líneas. Esperar á decir que el conde

de Reus ha dirigido por sí solo el asunto cuando el asunto ha fracasado, es una crueldad que nos sorprende en el periódico que ha estado constantemente al servicio de todos los poderosos.

También parece otra saeta al Gobierno del general Prim el párrafo siguiente de La Correspondencia:

«El Gobierno, al dar cuenta á las Cortes de sus trabajos políticos durante el interregno parlamentario, explicará también defendidamente sus gestiones acerca del Gabinete de Florencia y de las demás potencias para el buen resultado de la candidatura del duque de Aosta, que presentará formalmente á las Cortes.»

La Epoca anuncia á sus lectores el fracaso de la candidatura Aosta en estos términos:

«Aunque tenemos por fidedigna la noticia precedente, como la política actual es una especie de kaleidoscopio en que los colores varían á cada paso, no extrañáramos que mañana mismo, ó en los días que quedan hasta la reunión de las Cortes, la modificación ministerial se realizara, sobre todo si es cierto que ha caído sobre nosotros la nueva ignominia de que Prusia haya puesto el veto á la candidatura Aosta, aconsejando que se vuelvan los ojos hacia Sigmaringen, de donde con tan poco trabajo los apartaron nuestros gobernantes.

Esto ha corrido en el salón de conferencias con referencia á informes muy autorizados, y si los repetimos es para dar lugar á que el periódico ministerial pueda salir de su diplomática reserva.

Nos estaría bien empleada esta lección después de tantas, porque la consulta á las potencias era más natural de parte de Italia, cuyo príncipe iba á casarse con la corona de España; pero desgraciadamente la diplomacia española no se distingue por sus procedimientos y nos está proponiendo una serie tan continuada de decepciones, que no sabemos dónde iríamos á esconder nuestra vergüenza si todavía —cosa que no sorprenderá á muchos, y entre ellos á nosotros— el Gobierno español tuviera que confesar el quinto fracaso de sus gestiones para proveer el trono.

No creemos que sea exacto que Prusia haya aconsejado al Gobierno español que vuelva los ojos hacia Sigmaringen. Según nuestras noticias, la respuesta de Bismark dirigida, no al Gobierno, sino al representante de Prusia en Madrid, está redactada friamente. El célebre ministro del rey Guillermo se limita á decir que le importa poco lo que haga España, que no está para pensar en ello y que á su tiempo reconocerá el monarca que quiera darse el país si para entonces no piensa de otro modo. Esta poco más ó ménos ha sido la contestación de Bismark que no habla una palabra de Sigmaringen.

Las noticias de La Política están al parecer de acuerdo con las nuestras respecto á la omisión en el despacho del nombre del príncipe prusiano. Según el diario unionista, el canciller «ha contestado con la dolorosa insinuación de que Prusia no puede ver como una cosa conveniente á los intereses generales del equilibrio europeo, ni á los suyos propios, la exaltación en España de la dinastía italiana que acaba de ocupar á Roma.

La Política, que no cree en la sinceridad de los deseos del general Prim de encontrar rey para España, sin duda porque el presidente del Consejo le echa mano de Montpensier para ese alto empleo revolucionario, felicita al marqués de los Castillejos en estos términos por el fracaso de la candidatura Aosta:

«Enviamos, pues, nuestra sincera, cordial y retumbante enhorabuena al señor conde de Reus; porque como nosotros no hemos cometido nunca la torpeza de creer en su incondicional amor al artículo 33 de la Constitución que S. E. guarda en el bolsillo, no podemos ménos de creer hoy que esos graves, temerosos, insuperables obstáculos en que tropieza la candidatura Aosta, estaban previstos, contados, juzgados y aceptados en la honda conciencia del señor marqués. Y francamente, la tibia oposición que en nuestra patria de patriótica independencia solemnemente nos inspira, no puede hoy contener gozadamente el entusiasmo que su habilidad nos inspira, y que confesamos y proclamamos á la faz del mundo.

Bien es verdad que de esta admiración sincera respecto al piloto insignie de la nave revolucionaria, debe participar el país entero por lo que respecta á la profunda mafia con que viene manejando la cuestión monárquica. El general Prim no ha creído desde la batalla de Alcolea hasta la fecha que el rey de Setiembre debe venir inmediatamente. Sin duda no está el país preparado á recibirle. Hay que esperar, por tanto, mejores días de orden público, de Hacienda, de secuestros personales y de protestantismo; hay que esperar la sazón, digámoslo así, del fruto de la interinidad. Y esto pensado y aceptado por el general Prim, y viéndose, por arte del diablo, con la responsabilidad de la iniciativa, lo que el general Prim ha debido hacer y ha hecho en punto á candidatos régios es pensar siempre, pura y simplemente, en lo imposible. ¡Sistema de sencillez grandiosa y de éxito inevitable!

Según noticias de El País, «ya que no se haya formalmente interpuesto por Prusia el veto á que se refiere algún periódico, se han hecho, sin embargo, observaciones que pudieran producir algún enfriamiento en la corte de Florencia, poco dispuesta según parece á prescindir de dificultades diplomáticas, por ligeras que estas sean.»

«Prusia, prosigue El País, respeta, por lo visto, nuestro perfecto derecho á constituirnos como mejor nos parezca; pero no ve con los mejores ojos que Italia, que acaba de hacer su unidad y poner el sello á su grandeza, extienda su influencia hasta este extremo occidental de Europa.

Por lo tanto, los Gobiernos de Madrid y de Florencia tendrán que estudiar estos argumentos de la Prusia, y reflexionar sobre si conviene seguir adelante en la candidatura ó dejarla en tal estado, por temor á que se incomoden demasiado el rey Guillermo y su primer ministro el conde de Bismark.»

El País acaba diciendo que el ministerio vuelve de nuevo los ojos á las atribuciones. El ministerio, en nuestro juicio, no ha separado la vista meses hace de este punto, al cual necesita llegar para mantenerse parlamentariamente en el poder otro par de años.

Si alguna confirmación necesitase la noticia de la respuesta de Bismark, alegráramos como tal el silencio de los periódicos ministeriales. No nos extraña el de La Iberia, que acostumbrados nos tiene á oír hablar de todo ménos de lo que se le pregunta; pero si nos ha llamado la atención la suavidad con que El Imparcial se esconde sin decirnos lo que sabe de la contestación de Bismark en un artículo que titula Ya no hay candidato.

El periódico defensor de la candidatura Aosta no ha debido perder todas sus esperanzas; porque en tal caso, no burlaría la curiosidad de sus

lectores ocultándoles una noticia de esa importancia. Pero en la necesidad de decir algo, El Imparcial procura, no solo decir todo lo ménos posible, sino disponer previamente el ánimo de sus lectores para que no den á la noticia toda la importancia que tiene.

«Puede decirse, escribe El Imparcial, que desde el día en que por primera vez llegaron los periódicos italianos hablando de la candidatura del duque de Aosta como un asunto concertado entre la corte de Florencia y el Gobierno español, ningún periódico ha publicado un nuevo dato para poder apreciar si la candidatura es un proyecto ya realizado por parte del Gobierno ó solo una aspiración en vías de concertarse.

Algo significa que la prensa italiana haya seguido ocupándose con interés de los asuntos de España y de la candidatura del príncipe Amadeo, mereciendo de la ministerial grandes elogios, no solo por nuestro país en general, considerado como una potencia hermana bajo tantos títulos, sino para el curso de nuestra revolución y para los hombres colocados hoy al frente del Gobierno. Pero ni en la prensa italiana ni en los periódicos de Madrid hallamos datos positivos sobre el curso de las negociaciones diplomáticas con este motivo seguidas y que parecen ser el único obstáculo opuesto hoy á los deseos y á los esfuerzos del Gobierno.»

No era fácil que viese El Imparcial en los periódicos nacionales ni extranjeros datos positivos sobre el curso de las negociaciones, cuando anoche, ya muy tarde, se supo en Madrid por telegrama la respuesta del ministro del rey de Prusia.

Parapetado en seguida El Imparcial tras del suelo de La Correspondencia que antes hemos transcrito y que habla de las explicaciones que pensaba dar el Gobierno en las Cortes acerca de las negociaciones diplomáticas relativas á la candidatura Aosta, la emprende con el artículo de La Política que conocen nuestros lectores, pero acaba confesando su derrota en las líneas siguientes que dan fin á su escrito:

«A tan terminante aseveración nada podemos objetar, careciendo como carecemos de la autoridad y de los medios con que cuenta la prensa del señor duque para conocer los secretos de la situación.»

Candidatura al agua y hasta otra.

Hace pocos días publicamos la orden que el capitán general de Madrid había creído conveniente dar con motivo del auxilio prestado por una sección de infantería á la autoridad civil, para someter á una partida de ladrones que se decía haberse apoderado de algunas casas de la calle del Clavel, y que resultó ser un portero loco ó borracho ó desesperado.

En dicha orden censuraba el capitán general la conducta de los jefes del ejército que habían alarmado á una parte de la población, tomando precauciones como si se tratase de un levantamiento popular.

Hoy vemos en La Iberia y otros periódicos un largo escrito firmado por algunos alcaldes de barrio y otros vecinos del lugar de la catástrofe, en el cual se explica la conducta de aquellos jefes militares, y se les tributan grandes elogios, porque lejos de alarmar, tranquilizaron con su presencia á las gentes de aquellos barrios, que al oír tantas detonaciones, creyeron realmente en la existencia de una gran partida de bandoleros que lo ménos iban á tomar por asalto á Madrid casa por casa.

Los firmantes declaran que la fuerza militar no hizo sino acceder á las instancias de los vecinos y de la misma autoridad popular, de acuerdo con la cual, tomaron los jefes del ejército las precauciones que se juzgaron oportunas. Añaden, que el brigadier Sr. Saez del Court, lejos de oponerse, accedió gustoso á que se mandase más fuerza como lo suplicaba la autoridad civil, y que el teniente general Sr. Fernandez de Córdoba, presente en el teatro de los trágicos sucesos desde el primer momento, dió algunas órdenes para que se ocupara el patio de una casa, por donde podrían huir los ladrones, pero esto fué á instancia de los mismos vecinos.

Los firmantes terminan su escrito con las siguientes líneas:

«Una palabra para concluir: los que suscriben creen interpretar fielmente los deseos de sus convicciones tributando las más sinceras gracias por su pronto y eficaz auxilio y por su acertada conducta á los individuos de la fuerza pública y jefes militares que acudieron al llamamiento, y que creemos acudirán con la misma espontaneidad en circunstancias análogas.»

Esto es una verdadera protesta contra la orden del capitán general, un desaire gravísimo al cual se une la misma Iberia, que después de decir que no quiere juzgar aquella orden y de dar nuevos detalles sobre los hechos á que nos referimos, defendiendo siempre la conducta del ejército, añade:

«Como ven nuestros lectores, ni hubo allanamiento de moradas, ni se infringió artículo alguno de la Constitución, ni la fuerza armada hizo otra cosa que auxiliar á la autoridad local civil, cumpliendo con un deber imperioso de ordenanza y sentido común.

Así que, en vez de censura, tanto el coronel Carmona cuanto el capitán Meigares, como los jefes, oficiales y soldados que acudieron á la calle del Clavel, son dignos de alabanza, y con su conducta han desmentido odiosas acusaciones de los periódicos neos y no liberales que, comentando los hechos á su gusto, han tratado de desfigurarlos con la dañada intención que es de suponer.»

Este es un golpe por tabia al capitán general señor Izquierdo. La tabla son los periódicos neos y no liberales, cuyas odiosas acusaciones nada ha visto más que La Iberia.

Las únicas acusaciones que públicamente se han hecho á la conducta de los jefes militares que acudieron á la calle del Clavel han partido del general Izquierdo.

Tanto el comunicado de los alcaldes y vecinos de aquel barrio, como el artículo publicado por La Iberia, son de notable importancia en razón á los indirectos ataques que en ambos escritos se dirigen al capitán general de Madrid. No parece sino que los progresistas han querido aprovechar esta ocasión para mostrar sus pocas simpatías hacia el general Izquierdo. Quizá con esto tenga algo que ver la anunciada dimisión del general Contreras, director de caballería, único progresista que ocupa una dirección militar.

De todas maneras, nos parece que el asunto ha

de tener alguna consecuencia grave, porque se ve de una parte la represión pública hecha, no sabemos a quien, por el capitán general de Madrid, y de otra una dura réplica a esa represión, hecha por los vecinos de la calle del Clavel, y utilizada cuando menos como arma de combate contra el capitán general de Madrid por derecho propio.

El Puente de Alcolea, órgano del Sr. Izquierdo, no dice hoy ni una palabra acerca de esta cuestión.

Esperamos que no dejará pasar el día de mañana sin que salga a la defensa de la primera autoridad militar de la provincia, cuyo prestigio no quedaría bien parado si guardase silencio ante las insinuaciones de los alcaldes y vecinos de la calle del Clavel y del periódico *La Iberia*.

Apénas hay día en que el telégrafo no nos dé noticia de la rendición de una nueva plaza francesa. Schlestadt, ciudad del Bajo Rin, ha caído en poder de los prusianos que han cogido además 2,400 hombres y 120 cañones. Después de esta serie no interrumpida de triunfos, no es extraño que Prusia sea cada vez más exigente.

Ahora parece que se va a tratar algo decisivo sobre la paz. A la mediación interpuesta por Inglaterra en pró de la conclusión de la guerra, apoyada por Italia y Austria, responde el Gobierno provisional de Francia comisionando al Sr. Thiers para negociar un armisticio. Es de suponer que el Sr. Thiers saldrá inmediatamente para el cuartel general prusiano. De Sajonia dicen que el señor Friessen, ministro de Estado, ha sido también llamado a Versailles, para donde ha salido ya, y por último, el emperador de Rusia ha escrito al rey Guillermo, por medio del general Wender, agradeciendo a la embajada de San Petersburgo.

Se ven, pues, preparativos de importantes conferencias, en las cuales intervendrán los Gobiernos neutrales para poner de acuerdo a Francia y Prusia. No se puede asegurar si lo conseguirán o no; pero ha de ser difícil el acuerdo por las exigencias de Prusia, que probablemente encontrarán apoyo en alguna potencia.

La Independencia Española, queriéndose burlar con inimitable gracia (como que es progresista) de los dichos del pueblo que en la aparición de la aurora boreal ve el anuncio de grandes calamidades y castigos, escribe lo que sigue:

«No hay nada ni de lo uno ni de lo otro; lo que hay es que la juventud católica de Madrid ha enviado una carta a Pío IX protestando de la invasión de los Estados romanos, y al ver su Santidad que unos cuantos imberbes seminaristas y otros tantos rapachuelos de sacristía se han atrevido a dirigir una protesta llena de simpatías, añerías y adulación, ha tomado la carta, la ha quemado, y al arder, Dios ha querido que su resplandor se viera en todas partes para que todo el mundo sepa la indignación del Pontífice cuando se le dirigen patrañas y se toca el bombo para maliciarle los oídos.»

Tan sutil es el chiste que casi no lo percibimos. La moliera del individuo que haya redactado las anteriores líneas, debe haber quedado trastornado después de tan asombrosa elucubración. Nada tiene de particular que el pueblo mire como avisos del cielo esos fenómenos luminosos que apenas comprenden y explican los sabios: por lo demás, disimule un poco, si es que puede el diario progresista, el mal efecto que le causa que la juventud ilustrada y distinguida de Madrid envíe protestas de amor y adhesión al Romano Pontífice: lo cual quiere decir, y esta es la pena de *La Independencia* y cofrades, que los jóvenes se libran ahora, por la misericordia de Dios, del mal gusto de ser progresistas.

La Iberia escribe una porción de párrafos largos, hilvanados a manera de artículo, bajo el epígrafe de *Cautiverio del Papa*. El diario progresista dice que Pío IX disfruta de completa libertad, y que el Cardenal Antonelli y su camarilla (esta vez se le han olvidado los jesuitas) son los que le hacen pasar por prisionero perseguido. *La Iberia*, fundándose en la palabra de los ministros italianos, dice que estos respetan todas las prerogativas del Pontífice y en nada coartan su potestad espiritual.

Quisiéramos que *La Iberia* nos resolviera esta duda que se nos ocurre: Si los ministros progresistas, a pesar de los inalienables y del flamante Código fundamental, encausan y procesan a los Obispos españoles, cuyos actos de jurisdicción tienen relativamente poca trascendencia, ¿qué libertad dejarán los italianos, que son de la madera progresista, al Obispo de los Obispos, cuyos decretos son acatados en todo el mundo?

Anoche corrió la noticia de que el director de caballería, general Contreras, había presentado la dimisión de su desduso después de ágras contestaciones con el general Prim.

Si el hecho es cierto, la noticia no carece de importancia en este cúmulo de pequeñeces que constituyen la política liberal.

El general Contreras es el único general progresista con mando superior en Madrid; además es espartista declarado.

Un periódico dice que oyó asegurar que don Juan Prim había hecho saber al general Contreras que de ningún modo le admitiría la dimisión. El citado periódico aprueba esta determinación y la comenta en estos términos:

«Esto es lo que procede. Un ministro que no se atreve a separar al capitán general Sr. Izquierdo, una vez que este se pone al frente de él descaudado, un ministro que por no retirarse con escusa, ni aun le obliga a dar al país una pública satisfacción, un ministro que protege a Casais, y asiente a la dimisión, y favorece a Torroes, y sostiene a Buceta, esta moralmente incapacitado de permitir que el general Contreras rompa con la situación.»

Ha oído decir *El Eco de España* que el señor D. Carlos VII ha determinado suspender todos los empleos militares, condecoraciones, honores y de-

más gracias que por sí ó por medio de sus delegados se hubieran concedido a sus servidores hasta la fecha.

Además se prepara otra orden creando una comisión que debe pedir cuentas detalladas a sujetos que han recibido caudales pertenecientes al partido carlista. Si se negaran a tan justa demanda, añade *El Eco*, se publicarían sus nombres.

Ignoramos el fundamento de ambas noticias. Pero si son ciertas, nosotros las aplaudimos sinceramente como dos actos de saludable energía, tanto más meritoria y vigorosa, cuanto que la autoridad que gobierna al partido carlista carece de los medios de represión que tiene todo poder constituido.

Dice *El Universal*:

«No se suprime la enseñanza religiosa, no deja Izquierdo la capitania general, no se termina la insurrección de Cuba, ni se les paga a los maestros, ni a los médicos, ni a las clases pasivas.»

Pero en cambio, ¡consuélese España! Todavía se publica *El Universal* libre, feliz é independiente, para decir disparates contra la religión de Jesucristo.

Mientras la fiebre amarilla alige a Barcelona y a algunas otras poblaciones del litoral, en Alicante hay manifestaciones de clases monesterosas pidiendo pan y trabajo.

La situación de entrambas ciudades es gravísima, y de un momento a otro puede llegar la noticia de algún doloroso conflicto.

De Barcelona dicen que, con motivo de la fiebre, se han cerrado las comunicaciones con Zaragoza, por lo cual, imposibilitada la capital de Cataluña de exportar los productos de sus fábricas, estas no tendrán más remedio que cerrarse, dejando a los obreros sin trabajo.

En cuanto a Alicante, el gobernador civil de aquel punto anuncia que teme concluyan de una manera lamentable las manifestaciones pidiendo pan y trabajo, si no se le remiten fondos en seguida.

Peste, miseria, desesperación de los pobres: hé aquí el risueño estado de nuestro democrático y regenerado país. Y en tanto, se gastan doce millones en arreglar el ministerio de la Guerra, y los ministros y los altos empleados cobran bonitamente los exorbitantes sueldos que conquistaron a cañonazos en Alcolea. Y *La Iberia*, que no es quien menos provecho ha sacado de la gloriosa revolución, sigue diciendo que vivimos en un paraíso, y que D. Juan Prim es el primer hombre de Estado de la época moderna.

Las provincias perecen de hambre y de peste, en cuyo desarrollo influye notablemente la miseria; dentro de poco, a consecuencia de ese estado horrible, tendremos quizá que lamentar graves desórdenes. Sin embargo, D. Laureano Figuerola continúa impertérrito pagando escrupulosamente a los empleados de Madrid, muchos de los cuales podrían suprimirse sin menoscabo de la administración y otros tantos no tienen más mérito que haber conspirado para traernos a D. Juan Prim.

La tiranía de Madrid no se ha hecho nunca tan insostenible como ahora, y no nos causaría extrañeza alguna ver que las provincias utilizando los derechos individuales, formaban una liga para declarar la guerra a Madrid y aniquilar este insaciable estómago que se alimenta de la sangre del resto de España.

En esa empresa acaso que nuestras provincias serían más afortunadas que los departamentos franceses levantados por los girondinos para acabar con el despotismo revolucionario de París y de sus terroristas.

Se ha concedido el Toison de Oro al sultan Abdul-Azis.

¡Si viviera D. Juan de Austria! Decididamente el liberalismo de España está en su período bufo.

El Imparcial publica hoy un largo suelto en letra menuda para contestar a otros de *La Política* y *El Eco de España* acerca del remate del cortijo de San Isidro de Aranjuez. El órgano cimbro rectificando una noticia dada por él mismo, dice que el rematante no ha sido el coronel García Cabrera, sino el propietario D. José Simon, el cual pujó en la subasta con varios licitadores, entre ellos dos marqueses moderados, obteniendo la finca por 4.902,020 pesetas.

Dice también *El Imparcial* que las fanegas de tierra que suponía *El Eco* que habían sido agregadas al cortijo han formado siempre parte de él; que no es cierto que 500 vecinos hayan pedido la venta del mismo en suertes, lo cual tampoco hubiera sido posible; y por último, que esa finca del patrimonio real ha estado arrendada hasta la revolución por 30,000 rs. anuales a un hermano del señor Patriarca de las Indias.

Conste así.

El Tiempo publica hoy la siguiente gaceta:

«Un vecino de Madrid, que no es sonámbulo, y que vive en cierta calle, no lejos de cierta plaza y de cierto ministerio, vio como hace cosa de tres meses, a altas horas de la noche, bajar de cierta elevadísima ventana de una inmensa casa, primero un mueble, luego otro mueble, y después un jarrón, un reloj, y así continuó el movimiento durante varias horas. No hemos podido averiguar más, y estamos con mucha curiosidad de saber lo que sería.»

Si fueran ciertas la mitad de las cosas que se cuentan por el estío de la precedente gaceta, todos los españoles debíamos estar en presidio como reos de tolerancia criminal.

La junta general de auxilios de Barcelona nos ha remitido una circular, que no insertamos por falta de espacio, excitando la caridad de los españoles en favor de los muchos necesitados de aquella población.

Al frente de esa junta está el gobernador civil

como presidente, el gobernador eclesiástico de la diócesis como vicepresidente, y el alcalde de la población.

Vemos con gusto que a la prensa revolucionaria ha sentado muy mal las noticias que acerca del completo fiasco de la ley de mancebia en la provincia de Málaga nos comunicaba desde Ronda nuestro amigo el Sr. Granados.

No es solo el Gobierno de Prusia el que, según cuentan, opone su veto a la candidatura del duque de Aosta, padre del de Pulla. Hay también oposición por parte de Inglaterra, si es cierto lo que dice el *Telégrafo Autógrafo*, redactado en Tours y publicado en Bayona.

Dice así la citada hoja:

«La candidatura del duque de Aosta para el trono de España, que parece un hecho, es posible, según se asegura en los círculos diplomáticos, que tropiecen con algunas dificultades en el exterior; a riesgo de que esta noticia parezca inverosímil a algunos de nuestros lectores, no tenemos inconveniente en anticiparla, asegurando que, por lo menos, alguna indicación se ha hecho ó se hará muy pronto en este sentido al Gabinete de Madrid por la Gran Bretaña.»

No parece sino que los Gabinetes de Europa se han propuesto bromearse con la España con honra.

Una persona respetable de Tortosa nos dirige la siguiente carta, que muchos de nuestros suscritores leerán con lágrimas en los ojos. Estamos seguros de que nuestro corresponsal no falta a la verdad; pero acaso la santa indignación de que su alma estaba poseída, haya acaso exagerado algún tanto el sacrilego atropello de que nos da cuenta. Si tal ha sucedido, el corresponsal el primero y nosotros después, tendremos el mayor gusto en rectificar la menor inexactitud de la relación. ¡Ojalá que no tuviésemos que escandalizar con ella a nuestros piadosos lectores!

Pero no hay remedio. Es necesario que los católicos conozcan los actos de impiedad salvaje que a la luz del día, en las calles más concurridas de una populosa población y por las autoridades mismas se cometen con Jesús Sacramentado. Es preciso que lo sepan los católicos para que si nada han hecho por remediarlo, se avergüencen de haber dado lugar a ello con su indiferencia y cobardía. Si el cólera ó la fiebre amarilla invade una población, sus habitantes sacrifican todo, absolutamente todo, a la conservación de la vida.

Pues bien, la impiedad, cien veces peor que la peste, ha invadido de un modo grosero é inaguantable la católica España; un puñado de impíos insulta diariamente nuestras creencias, a nuestros Santos, a la Virgen, al mismo Dios en el sacramento de amor, y nosotros, sin embargo, poco ó muy poco hacemos para evitarlo.

¿Será que la atmósfera liberal en que vivimos hace tanto tiempo haya enervado nuestro ánimo hasta el punto de ser impotente para toda empresa noble, para toda empresa santa, y estemos condenados a vivir envilecidos para morir sin religión y sin honra?

Y téngase en cuenta que nosotros no pedimos que los católicos se levanten en armas contra las autoridades al ver esos atentados. Sabemos de memoria el Código penal, y conocemos nuestro deber y nuestra conveniencia y el deber y la conveniencia de los católicos para pedir semejante cosa.

Pero sin faltar a las leyes, cumpliendo nuestro deber, y atendiendo al mayor esplendor del Catolicismo, podemos hacer sacrificios porque cese la persecución de que es víctima la Iglesia de Jesucristo. Y esto es lo que nos extraña que no se haya hecho en este católico país.

El público leerá escandalizado la siguiente carta de Tortosa, algunos derramarán lágrimas de pena y pedirán a Dios misericordia; pero ¿cuántos se decidirán a sacrificar su quietud y su tranquilidad, parte de sus intereses para acabar legalmente con este estado de cosas? ¿Cuántos procurarán asesorarse de personas instruidas y sensatas para emplear con orden y acierto los medios materiales y morales que Dios y la misma ley civil han puesto en nuestros manos para salir por nuestra honra, y sobre todo por la honra de nuestro país y de nuestra fé?

Allá veremos.

Veán ahora nuestros lectores la carta de Tortosa:

«Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Tortosa, 26 de Octubre de 1870.—Sobre las muchísimas y escandalosas escenas que en materias religiosas ha presenciado esta ciudad desde la revolución de Setiembre hasta ahora, la que ha tenido lugar en la tarde de hoy excede a toda poderación, cuanto por la importancia del acto y sus autores, cuanto por las circunstancias excepcionales que nos aligen en este momento.

Tortosa se halla amenazada, si no invadida por la fiebre amarilla, a lo menos se están tomando medidas sanitarias que lo indican. Los Viáticos, con semejante motivo, se llevan a los enfermos sin ninguna ostentación, y tan solo con la decencia imprescindible. Pues bien; esto no satisface aún a nuestros alcaldes municipales (republicanos todos), que sin duda llevan a afrenta hasta el ver transitar modestamente por las calles a su Divina Majestad, en menoscabo de los sentimientos católicos del vecindario, de tal manera, que en la tarde de hoy, mientras el Coadjutor de la santa iglesia catedral don José Roca llevaba al Señor Sacramentado, en acto de Viático, el alcalde primero popular de esta ciudad, D. Joaquín Aragón, acompañado de su segundo el ya célebre D. Tomas Sabater y los alguaciles de la municipalidad, se ha presentado en una de las calles más públicas de esta ciudad y en ademán forzado, sin respetar personas ni cosas sagradas, ha arrebatado con ademán furioso la umbrela que cubría al Sacerdote que llevaba el Viático, despojándole de sus ornamentos religiosos, dejándole en tan triste situación en medio de la calle, hasta que le llevaron su manto y su sombrero, con cuyo traje, y escoltado por dos alguaciles, ha tenido que ir a depositar al Jesucristo Sacramentado en la parroquia catedral, después de lo cual ha sido conducido preso a la alcaldía, donde lo fueron igualmente otros Sacerdotes que se habían atrevido a acompañar al Viático, el sacristán y dos personas más que llevaban luces.

Como es natural, los católicos de Tortosa, hastados de tanto escándalo y profanación, han querido manifestar una vez más su disgusto, en términos comedidos, invocando esos derechos individuales tan cacareados como falsamente practicados; pero una turba frenética de republicanos ateos y descreídos, apoyando a un alcalde digno de ellos, y escudados en la impunidad, se manifestaron amenazadores y provocativos, tanto que a no ser esa prudencia a toda prueba de parte de los católicos, hubiera podido surgir un conflicto desagradable para todos. Entonces nuestro alcalde, alentado por los suyos y pisoteando todas las leyes individuales, ha hecho prender a algunos católicos que acerbaban a pasar por la calle, y subidos a las Casas Consistoriales han sido vilmente registrados, amenazados, y uno de ellos conducido a la cárcel, que ha sido soldado en el acto mismo.

De estos hechos tiene conocimiento la autoridad judicial, pero....

Nuestro dignísimo señor Obispo, sabedor del atentado inefable perpetrado contra la persona de un Sacerdote, que cumplía las órdenes de su Prelado, está resuelto, según se nos asegura, a no permitir que los Viáticos se verifiquen sin la decencia debida, arrojando si es menester las consecuencias a que pueda conducirle su celo fervoroso y el exacto cumplimiento de las leyes de Dios y de la Iglesia, con lo cual nos deja satisfechos como siempre a cuantos tenemos la dicha de vivir en el gremio del Catolicismo; pero temerosos de que, a decir verdad, la fiebre amarilla que nos ha respetado hasta ahora, por un efecto de la misericordia divina, no venga a descargarse sobre esta ciudad, como justo y merecido castigo por tanta iniquidad y miseria.»

Según cartas de Tours, el conde de Keratry ha ido a Francia muy airado contra el Gobierno español, a causa de no haber aceptado este las proposiciones de que era portador el enviado francés.

Hé aquí las noticias que acerca de este asunto encontramos en *La Epoca*:

«Dichas proposiciones consistían, según parece, en la garantía eficaz, material y positiva dada a España por los Gobiernos de Francia y de los Estados Unidos respecto de la conservación indefinida de nuestras provincias de Ultramar y de la libertad de acción hacia el Tajo.

«España recibiría además un subsidio mensual de 50 millones de francos y suministraría en cambio a la república francesa, durante la guerra, un ejército, que en ningún caso bajaría de 50,000 hombres, y podría llegar hasta 100,000 costeados por la Francia.

«Rechazadas estas proposiciones por el general Prim, el cual manifestó, según parece, que eso sería tanto como proclamar la república en España, el conde de Keratry se despidió amenazando con una república propagandista.»

Si no tuvo el general otra razón que el miedo a la república para negarse a aceptar las proposiciones que trajo Keratry, estamos bien servidos.

Y la noticia nos parece verosímil: a través de ella se descubre, por lo menos, el levantado espíritu de nuestros gobernantes.

Un sustancioso artículo de *La Igualdad*, acerca de la inmoralidad, termina con este párrafo, digno de ser maduramente analizado:

«No hay que hacerse ilusiones; la inmoralidad crece, y la tempestad se aproxima; ya tenemos sus primeros síntomas: empieza a enarcescerse el aire, el horizonte se oscurece y la atmósfera exhala vapores moféticos asfixiantes; el juego que, casi ha llegado a ser una institución, a falta de otras instituciones; el fausto escandaloso de altos funcionarios públicos; que hace poco vivían en la oscuridad más indigente; esas fortunas grandes adquisiciones llevadas del cielo; esos convites de Baltasar, que se suceden sin cuento y forman un contraste desgarrador con la miseria pública; esos empréstitos interminables por miles de millones; esos gastos escandalosos en obras de capricho ó de lujo, que se hacen sin subasta pública; esas posiciones improvisadas, esa profusión de empleos y grados militares, repartidos sin tasa ni medida entre los pretorarios agradecidos, son todos síntomas alarmantes de una gran catástrofe política; puntos negros y verdaderamente lúgubres que revelan el estado moral deplorable de esta desgraciada situación, que ha vivido bajo la protección de la Partida de la porra y está próxima a fenecer a manos de los secuestradores.»

Miren Vds. si el pueblo de Madrid va bien cuando cree que las auroras boreales de estas neches anuncian algo gordo!

La prensa que combate esta situación continúa saboreando las dulzuras de la libertad revolucionaria.

El último número del *Rigoleto* ha sido denunciado también según noticias de *La Esperanza*. Con el nuevo Código penal en la mano, ¿qué va a ser de los periódicos que no siguen las huellas de *La Iberia*?

Según *La Correspondencia* parece que hay una demanda judicial entre el cuerpo de Inválidos y el rector de Atocha sobre la propiedad del edificio que aquellos ocupan, y que ellos sostienen ser propiedad suya, incluso el templo y la huerta, por consecuencia de donación real, y la parte contraria sostiene que no existe ni puede existir la donación.

En Navarra, según dice un periódico, ha habido ya un secuestro, D. Roman Hilero, vecino de Sangüesa: fué cogido hace pocos días en el campo con su hijo a quien han puesto en libertad los secuestradores para que lleve el precio fijado en 2,000 duros.

Como se ve, esta nueva plaga, la única que nos faltaba, se va propagando rápidamente por toda España.

Más de cuatrocientos mil reales, dice un periódico, se deben a los maestros de primera educación de la provincia de Córdoba.

Esto quiere decir que los maestros de escuelas de Córdoba se encuentran como los de todas partes.

CORREO DE HOY.

Los católicos alemanes han enviado el siguiente mensaje al rey de Prusia:

«JUSTO REY:

Dios, que ha dado constantemente la victoria a la espada de V. M., os ha escogido evidentemente entre todos los príncipes de este mundo, para ejercer la justicia en su nombre y someter la violencia al derecho. Por eso, en nombre de trescientos millones de nuestros correligionarios, nosotros trece millones de católicos alemanes, te imploramos: protege la independencia de nuestra conciencia, emperador alemán, protege el territorio otorgado a los Papas por tus antepasados, y entonces no serán cuarenta millones, sino trescientos millones de hombres los que te aclamarán como su señor y su libertador.»

Escriben de Berlin, que el día 15 se celebró en Colonia una gran reunión preparada por la sociedad obrera de San Pablo, en la cual se adoptó una protesta contra la invasión de Roma, y se excitó a todos los obreros católicos de Alemania a firmar una protesta análoga.

Los católicos de Breslau han protestado también.

Un periódico de Berlin da cuenta de un consejo de guerra celebrado recientemente en el cuartel general prusiano:

«En este consejo, dice, el conde de Bismark ha dado su opinión en contra de la idea de bombardear inmediatamente a París. La principal consideración en la cual apoya su opinión, es la de que la ciudad de París es el centro de unión de todas las naciones, y que un bombardeo precipitado podría provocar por y que fuera una impresión bastante sensible. Así es que el conde de Bismark ha manifestado que su opinión es la de tomar la ciudad por hambre, basando esta opinión en que una población de dos millones de almas, no podrá sostenerse mucho tiempo, y que de este modo se sacrificarán menos vidas humanas.

El general de Moltke, al contrario, ha opinado

por un bombardeo vivo é inmediato, en la suposición que los fuertes de París no sabrían resistirle largo tiempo a los efectos de los enormes morteros de 35, 40 y 42, y que así se obtendría la pronta entrada de las tropas alemanas en París.

El hecho es que nuestros soldados sufren de la gripe, tanto más sensible, cuanto que las noches son muy frías: esto multiplica naturalmente los casos de enfermedad.

La falta de chalecos y de camisas de lana empieza a sentirse de día en día, y es más sensible todavía esperar con indecible impaciencia estos objetos, que desgraciadamente no llegan, siendo de una urgencia y de una necesidad supremas.»

Dice un periódico de Viena:

«La defensa de París se aumenta de día en día según la opinión de los alemanes. Aunque no sea dudoso su resultado habrá necesidad de esperar más tiempo del que se pensaba hace quince días.

Es muy probable que se pasen todavía muchas semanas antes que empiece seriamente el bombardeo. No perder de vista que la falta de viveres se hace cada día más sensible, y si de aquí a poco tiempo no se han abierto nuevas vías de provisiones, los malos alimentos podrán ejercer una desagradable y fuerte influencia en la salud de las tropas.»

Una carta escrita de Epinal contiene lo que sigue:

«Yo hago ver a Francia la valiente conducta de las mujeres de Rambervilliers, las cuales, en ausencia de la Guardia nacional, han echado 70 hulanos que han querido hacer requisiciones, anunciando, como tienen de costumbre, que detrás de ellos viene un ejército de 20,000 hombres. Yo no sé quién es la llamada Juana Hachette, la cual ha tocado la diana. La historia nos lo dirá algún día. Siempre ha sucedido que en momentos de media hora, más de un millar de mujeres estaban de pie impacientes, armadas de palos, de palas, de picachones, etc., y amenazando a sus invasores. Estos tuvieron miedo y tomaron la fuga. ¡Honra a las mujeres de Rambervilliers!»

La fiebre amarilla ha tenido desgraciadamente algún aumento en Barcelona, a juzgar por los estadísticos de defunciones que publican los periódicos de aquella ciudad. En efecto, desde el medio día del 23 a las doce del 24, fallecieron 31 invadidos de dicho mal, habiendo superado ya este número al de las defunciones producidas por enfermedades comunes, que hasta la referida fecha había sido mayor.

En Valencia no hacia progresos la enfermedad epidémica; y según los últimos partes, solo habían ocurrido tres defunciones calificadas de sospechosas el día 24. Sin embargo, el temor de los valencianos no disminuía y como consecuencia de él, continuaba la emigración. Hasta ahora, dice el periódico *Las Provincias*, solo se había conocido la presencia del huésped americano en Valencia por la falta de animación en las calles, pero ya empieza a manifestarse por otra señal, por la aparición de tiendas cerradas en varios puntos de la ciudad.

«Si el pequeño foco de Pescadores, añade el diario valenciano, no lograra coriarse tan pronto como muchos desean, es de creer que dentro de poco Valencia presentará el mismo triste aspecto que Barcelona y Alicante, donde son contados los comercios que permanecen abiertos.»

Ciertamente, estas dos poblaciones presentan un triste y doloroso espectáculo, agravado por la miseria que empieza a hacerse sentir en las clases jornaleras faltas de trabajo por las angustias circunstancias que están atravesando. Las defunciones a consecuencia del tífus intercorren en Alicante, fueron el día 24 quince, quedando existentes 180 enfermos.

Vease el cuadro sombrío que hace de esta ciudad un periódico alicantino:

«La fiebre amarilla se desarrolla en Alicante: el número de invasiones crece cada día, las víctimas aumentan, la falta de trabajo es absoluta, las clases jornaleras carecen de pan para comer, la emigración de familias de todas las clases sociales es grande, las malas pasiones se enardecen, el espanto cunde, y ante esto, ¿qué hacen las autoridades? ¿Qué medidas salvadoras toman? Lo decimos con el corazón desgarrado: nada.

Ellas vieron cuando el mal se presentó, observaron que su desarrollo era lento y pausado, advirtieron que por espacio de muchos días estuvo localizado en una calle, y contemplaron hoy el fatal incremento que ha tomado; y cuando él se presentó no lo combatieron, y cuando empezó a desarrollarse no lo contuvieron, y cuando estuvo localizado no lo aislaron, y cuando hace muchas víctimas se encogen de hombros.»

ÚLTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

Tours, 25, (a las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde, recibido con injustificado retraso).—Bruselas, 24.—El enemigo ha evacuado San Quintín ayer.

Amiens no ha sido atacado.

Los alemanes se concentran hacia Laon.

Una parte del cuerpo mecklemburgués se dirige hacia París.

La Independencia Belga publica un despacho de San Petersburgo fechado hoy, diciendo que un agregado militar ha salido con una carta del emperador Alejandro para el rey Guillermo.

La Estrella Belga dice que el consejo municipal de Königsberg acordó unánimemente protestar contra la prisión arbitraria de Jacoby y Herbug.

Florenza, 24.—Asegúrase que el ministro de Negocios extranjeros ha enviado una circular a los agentes diplomáticos haciendo constar que Italia no ha opuesto ni opondrá obstáculo alguno a la libertad del Concilio Ecueménico.

RECIBIDO A LAS SEIS Y MEDIA.

Tours, 26.—Londres, 26.—El Gobierno francés ha contratado con una casa de banca inglesa un empréstito de 250,000,000 de francos; (1,000,000 de reales).

Los títulos serán emitidos a 85 1/2, con interés de 6 1/2; serán reembolsados a 100 en 34 años.

Los sorteos para el reembolso empezarán en 1873.

La suscripción se abrirá próximamente en Inglaterra y en Francia.

BOLSA DE HOY.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 26-30, 70, 45, 40, 70, 65, 60, 65 y 70; pequeños, 26-75; no publicado, 26-80; a plazo, 26-50 y 65 fin cor. fir.; 26-80, 85, 75 y 70 fin próx. fir.; 27-40, prima de 50 cents., fin próx. vol.

Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 29-90 y 30-00; a plazo, 30-20 fin cor. fir.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 2.ª serie, publicado, 99-15, 20 y 99-00.

Bonos del Tesoro, de a 2,000 rs.; 6 por 100 interés anual, publicado, 72-30, 40, 80, 75, 70 y 75; a plazo, 73-00 y 73-20 fin próx. vol.

Otras publicaciones de 1.º de Julio de 1858, de 2,000 reales, publicadas, 53-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 50-25, 80, 75 y 60.

Acciones del Banco de España, no publicado, 147-00.

